

Aniversario Congregación Sagrados Corazones. Estadio Universidad Católica
14 de Diciembre de 1946.

Et eritis mihi testes (Hch 1, 8)

En el Estadio Nacional hace dos años se tuvo un acto religioso como el de esta noche para inaugurar el Congreso de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, y hoy en el Estadio de la Universidad Católica ha querido congregarnos nuestro venerado Pastor para recordarnos los compromisos que entonces contrajimos.

Actos religiosos como éstos, en que se ofrece lo más augusto que tiene la Iglesia, el santo Sacrificio de la Misa, no ha creído nuestro Prelado que estén fuera de su sitio en un Estadio de deportes, más aún, yo creo que el local mismo contribuye a reforzar su significado profundo.

Nuestro Señor Jesucristo nos inculcó reiteradamente la idea que es una pelea, una contienda la vida del hombre sobre la tierra; San Pablo alude con frecuencia a la idea del stadium, símbolo de la vida humana: ¿No sabéis que los que corren en el estadio, si bien todos corren uno solo lleva el premio? Corred, pues, de tal manera que lo ganéis. Todos los que han de luchar en la palestra, guardan en todo continencia: y no es sino para alcanzar una corona percedera, al paso que nosotros la esperamos eterna. Así que yo voy corriendo no como quien corre a la aventura, peleo no como quien tira golpes al aire (1 Co 9, 24-26).

En la epístola a los Efesios vuelve a la misma idea y revelándose un hombre que había acudido muchas veces al estadio de deportes nos dice: Hermanos, confortaos en el Señor y en su virtud poderosa. Revestíos de la armadura de Dios para poder contrarrestar las asechanzas del demonio. Porque debemos luchar no sólo contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus malignos de los aires. Por lo tanto tomad las armas todas de Dios, para poder resistir en el día aciago y sosteneros apercebidos en todo. Estad, pues, a pie firme, ceñidos vuestros lomos con el cingulo de la verdad y armados de la coraza de la justicia y calzados los pies, prontos para el Evangelio de la paz. Embraced en todos los encuentros el escudo de la fe, para que podáis apagar todos los dardos encendidos del maligno. Tomad también el yelmo de la salud y empuñad la espada del espíritu, que es la palabra de Dios, haciendo en todo tiempo con espíritu continuas oraciones y plegarias: y velando para lo mismo con todo empeño y orando por los santos (Ef 6, 10-18).

Los Ángeles, el mundo, los hombres todos miran nuestra lucha, asisten a nuestra lucha y se interesan por nuestro triunfo. Batalla, carrera, lucha, campeonato, eso es la vida del cristiano en términos de Jesús y de San Pablo.

Y esta misma idea aplicada a nuestros días nos lo acaba de recordar hace apenas un par de días nuestro eminentísimo Prelado al abrir el primer concilio plenario de la Iglesia de Chile. Nos habla de maquinaciones de los que en este mundo sirven de agentes del padre de las tinieblas, de la "avalancha aterradora destinada a arrancar la fe católica de las conciencias; de la lucha al bien opuesta por la relajación de las costumbres que (son sus palabras) "hacen que nuestro país que habríamos podido creer invulnerable a los golpes de las sectas y de la impiedad, se presente a nuestros ojos como un enfermo cubierto de toda clase de llagas,

que amenazan destruir del todo su vida cristiana y aun su paz social"... ¿Quién no lamenta lo que Su Santidad Pío XI llamaba con honda pena, "el gran escándalo de nuestro siglo, la apostasía de las masas obreras, que se han apartado de la Santa Iglesia y que muchas veces le son hostiles porque se les ha hecho creer que ella no se ha ocupado de la suerte de los trabajadores y que nada ha hecho por aliviar las miserias de los pobres y que sólo favorece los intereses de los ricos que los explotan y oprimen?". Con estas amargas palabras se lamentaba hace dos días nuestro Venerado Pastor, y misión nuestra es repasar aquí ante los Sagrados Corazones de Jesús y de María cuál es nuestra actitud de católicos, cuál la misión que nos corresponde cumplir en esta hora de confusionismos, en este momento gravísimo de la historia del mundo en que nos ha cabido vivir. ¿Cuál ha de ser nuestra tarea? ¿Cómo cumpliremos nuestro deber de católicos? Y nos da Jesús la respuesta al punto: et eritis mihi testes Me seréis testigos. Como lo esencial no se nos piden palabras encendidas, libros brillantes, conferencias eruditas, se nos pide testimonio, testimonio de vida. Como un católico ardiente de nuestro siglo decía: "La Iglesia no necesita demostradores sino testigos, apóstoles y no conferenciantes. No es ya tiempo de probar que Dios existe. Ha sonado la hora de dar la vida por Jesucristo" (Bloy).

La vida y la muerte han trabado un horrendo duelo, dice la liturgia. Duelo trágico al que asistimos, pero en el que no podemos menos de tomar parte por una u otra parte. Lucha entre la vida y la muerte; entre el Cristo y el Anticristo. El mundo sin Cristo sería la muerte total. ¿Qué hacer por asegurar la victoria de la vida? Ser testigos de Cristo, y nada más. Testigos. Eso es lo que el hombre acepta y cree, el testimonio vivo de la vida; el testimonio amoroso del amor, el testimonio fuerte de la fortaleza; el testimonio lleno de optimismo de la esperanza. Nuestro testimonio de malos cristianos es lo único que ven de la Iglesia aquellos que al juzgarla suelen echarle en cara sus defectos de orden temporal. Es cierto que siempre se ha notado cierta discordancia entre la realidad íntima de la Iglesia y nuestra vida, la de los que constituimos el mundo cristiano. Pero esta discordancia como acabamos de recordarlo en ciertas épocas en que corremos el riesgo de ni siquiera advertir que nuestra conducta no refleja el ideal cristiano, más aún que podemos dar testimonio contra Cristo. Y lo damos cada vez que sentimos miedo al Evangelio crudamente entendido, cada vez que sentimos miedo a los planes de Dios y que sólo nos contentamos con medios humanos y exteriores que nos dispensen de todo esfuerzo serio de renovación interior; cada vez que nos contentamos únicamente con las prácticas externas y descuidamos el fondo formidablemente revolucionario y audaz de nuestra fe.

Un triple testimonio se nos pide de lo que constituye la esencia del cristianismo: testimonio de fe, de caridad, de esperanza.

I. Testimonio de fe

Erróneo es pensar que el cristianismo es antes que nada una fuerza moral, una filosofía de la vida, una sociología. El cristianismo es antes que todo un credo, un dogma, una aceptación de la revelación divina, aceptación que, claro está, ha de traducirse en vida. Hay quienes quieren un cristianismo trunco: su moral, su concepto de la autoridad, de la propiedad, sus reformas sociales, pero eso, sin la aceptación íntegra por la fe de la revelación, no es catolicismo.

Fe antes que nada en Dios de quien vengo y a quien voy, en Dios, cuyo nombre está escrito por las estrellas del cielo, por las flores de los campos, por la risa de los niños, por la creación entera. Si miro hacia atrás en la historia del mundo, antes que el hombre existiera, antes que los astros brillaran, está ÉL, principio de todo que ha creado el mundo por amor, por deseo de comunicar al hombre su felicidad, de hacerme feliz a mí, y a mis hermanos los hombres. Verdad tan atrevida, tan audaz, que si Dios no la hubiera revelado jamás hombre alguno se hubiera atrevido a soñarla.

Si miro hacia el futuro me encuentro también con ÉL, con Dios que me aguarda, me espera, me tiene preparada una mansión en los cielos. No quiero engañaros, nos dice Jesús: en la casa de mi Padre hay muchas moradas y voy a prepararos un lugar, a vosotros a quienes no llamaré siervos, sino amigos, hijos, hijitos muy amados, llega a decirnos.

Y al mirarme a mí hombrecito de la calle, pobre trabajador, niño de escuela, o poderoso de la tierra, al mirarme a mí, lleno de inmenso deseo de belleza que atormenta mi espíritu, pensaré que la belleza no es una quimera, que es una realidad subsistente, la más real de las realidades, y que esa belleza la voy yo a poseer, no por una hora ni dos, sino por una eternidad. Belleza mayor que la de los rostros más hermosos de la tierra, armonía más perfecta que la que han podido soñar los más grandes artistas, fuerza mayor que la de los momentos más apasionantes del deporte, grandeza mayor que la inmensidad de los mares, paz más tensa que la de las noches estrelladas sobre el desierto nortino. Añooro belleza. Creo, Señor, Creo; eso existe; existe en Ti, y existirá en mí, por Ti. Belleza; creo, Señor, en ella y la aguardo.

Bondad. Mi corazón que ha sufrido tantos desengaños, ha sangrado tantas veces por la dureza de los hombres, a veces de los que tengo más cerca; bondad, yo que siento una infinita soledad, un vacío tan hondo en mi vida; yo que no he visto a nadie que me comprenda, que se interese de veras por mí; bondad, yo sé que tú existes en Dios, mi Padre, y por tanto existe para mí. Amor, todas las ternuras del padre, de la madre, todo el cariño de los esposos y de los hijos que mi corazón sediento busca aquí abajo habiendo sido tantas veces rechazado.

Dios es amor, eso significa que sus designios al llamarme a esta vida son designios de amor; al permitir mi vida en las condiciones en que vivo, por más dolorosas que parezcan, son designios de bondad, de amor. A pesar de todas las dificultades y repugnancias que pueda sentir guardaré en mí esta fe: ya que todo es de Dios, todo está bien; todo terminará en un plan de amor... La libertad del hombre, querida por Dios, puede introducir sombras en el plan providencial, pero el amor de Dios de todo se sirve para mi bien. Dios prevalecerá y yo con ÉL, y esta confianza me alentará hasta la muerte.

Dios es Padre, Padre de verdad pues me ha comunicado su naturaleza. La paternidad humana es muy débil para indicar hasta dónde Dios es Padre respecto a mí.

Un Padre tal, que para hacernos en realidad sus hijos no temió sacrificar a su Hijo eterno, al Hijo de Dios. Así amó Dios al mundo que nos dio a su único Hijo. El Hijo de Dios se hizo hombre, para hacer a los hombres hijos de Dios. "Para que nos llamemos hijos de Dios, y lo seamos de verdad, hecho central de toda la revelación cristiana. Jesucristo Nuestro Señor hizo consistir gran parte de su

enseñanza en hacernos comprender esta verdad, que somos sus hermanos, hijos del mismo Padre Dios, a quien nos enseña a orar diciéndole ¡Padre nuestro! Mil parábolas como las del hijo pródigo, oveja perdida, nos descubren sus sentimientos que son los sentimientos que sólo un Padre puede albergar.

¿Agotamos esta idea? ¿Descansamos en el pecho de nuestro Padre Dios, como un hijo que sabe que su padre lo ama, lo quiere apoyar, consolar, hacer feliz? Dulcemente repetamos esta palabra ¡Padre nuestro! Sintámonos hijos de Dios. Nuestra sociedad moderna ha perdido el sentido de la fe: es la más trágica de sus pérdidas. Lo sobrenatural ha llegado a serle incomprensible. Sólo cree en el poder, en la fuerza, en el dinero, en el confort, en el placer... Pero el poder se derrumba en el momento menos pensado como lo hemos visto en estos años hasta el cansancio; la fuerza es empleada más para matar que para proteger; el dinero y el confort son de pocos y no llenan el inmenso vacío del alma. De aquí que nuestra sociedad sin fe, sea una sociedad triste. Necesita creer en algo e inventa mitos que no pueden resistir ni satisfacer. Sólo nosotros podemos dar a los hombres nuestros hermanos la fe que tanto necesitan. Dársela, no con palabras, ni con prácticas superficiales, sino con ese sentido de lo divino que llene nuestras vidas, con esa visión de eternidad que guíe nuestros actos, con el sentimiento de la presencia de Dios que da solemnidad a todas nuestras acciones. En todos nuestros acontecimientos y actos darnos cuenta que el sentido de nuestra vida no es otro que buscar a Dios. La muerte el momento de hallarlo; la eternidad, la posesión dichosa de lo que tanto hemos ansiado. El testigo de la fe estará arraigado en Dios y dirigido hacia Dios. Podrán venir fuertes vendavales que sacudirán el tronco, harán gemir sus ramas, pero pasada la tormenta sus raíces se habrán arraigado más en la tierra, su copa se dirigirá más atrevida hacia el cielo, sus hojas estarán más limpias y brillantes. En cambio esos árboles que no están firmemente arraigados en la fe, al primer ventarrón son derribados y sólo sirven para el fuego.

Dos grandes contradicciones sufrirá nuestra fe en la época en que vivimos: una viene del placer y otra del dolor.

El placer que nos lleva a encorvarnos hacia la tierra, a adherir a este suelo como si fuese la patria definitiva, y cuando se cede a sus insinuaciones se muere para todo lo sobrenatural: no queda tiempo ni corazón, ni cabeza para pensar seriamente en Dios. Se pueden guardar las prácticas, pero la fe honda, profunda, la que inspira los grandes sacrificios está muerta del todo.

Nuestra época sufre la horrenda tentación del placer sin tasa ni medida. Se busca gozar a cualquier hora, a cualquier precio aun al de la honra de la mujer, de la vida de los hijos que son infamemente sacrificados por una hora de goce, el abandono de los deberes cívicos y familiares, la pérdida de los ideales. Cuando el hambre de gozo se apodera de un hombre se vuelve bestia y deja de ser hombre: se cierra a los clamores de su fe y al dolor de sus hermanos.

Si los cristianos se amarran a esta tierra y no guardan ojos sino para lo terreno: para divertirse en las playas, casino, tabernas, fiestas que se suceden una tras otra como en los tiempos de mayor prosperidad a pesar que hay tanto dolor en el mundo, que tantos hermanos nuestros agonizan de hambre, sin hogar, sin abrigo, sin trabajo... el mundo tendrá derecho a pensar que su fe es vacía, que su creencia en el cielo, patria de todos los bienes, no es más que una palabra vana,

que su doctrina de la fraternidad no es más que una palabra vacía de sentido, y los que no creen al ver a cristianos tan desteñidos, a hombres de fe tan superficial rechazarán asqueados una fe en la que no encuentran ningún valor que los entusiasme. Los cristianos que ante la tentación del placer sin medida sucumben en estos momentos de supremo dolor dan sin quererlo testimonio contra la fe que pretenden profesar.

Por eso el Santo Padre no cesa de clamar: "Sobriedad de vida; moderación en el uso de los bienes de este mundo; austeridad de costumbres". Esos hombres austeros, sencillos, fuertes son los únicos que pueden dar testimonio sincero de su fe.

La segunda contradicción de la fe viene del dolor. El sufrimiento no encorva sino que es como un huracán arrasador. El dolor comprendido lleva a Dios; pero el dolor incomprendido y rechazado aleja a los hombres de Dios.

La humanidad sufre hoy un dolor sin precedentes. Apenas restañadas las heridas de la pasada guerra; pasamos por la más horrenda de las hecatombes que en 6 años costó 50.000.000 de cadáveres... otros 50.000.000 de exiliados... Las ciudades en ruinas. Los grandes monumentos públicos levantándose como esqueletos de fierro. Los hombres sin hogares hacinados en las calles; desnutridos, hechos pedazos sus nervios... Algunos lo han perdido todo: padre, madre, hijos, hogar, salud y aun mutilados no saben hoy como ganarse la vida. ¡Esto es horrendo! Y ante el terremoto del dolor algunos llegan a preguntarse si hay Dios; otros lo enjuician y lo hacen responsable de todas las calamidades y profieren palabras sacrílegas. He leído un escrito lleno de ira citando a Dios a su tribunal a dar cuentas... Ante esta actitud se acabó la fe; se cerraron los ojos para ver; no hay mas que tinieblas.

El auténtico católico, el verdadero testigo de Cristo sufre por su dolor y por el de su hermano, hace cuanto puede por remediar los males pero sabe que en el dolor hay un misterio contra el cual no se rebela.

Ya Jesús el hijo de Dios, lo sufrió, tomó sobre sí todo el dolor del mundo. María su madre, es llamada la Madre de los Dolores; los santos han sido hechos partícipes de la Cruz que Jesús prometió a los que los siguieran: El que quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame... No es el discípulo mas que el Maestro. Si a Mí me persiguieron también os perseguirán a vosotros... Cuando os persigan en una ciudad huid a la otra... El grano de trigo si no muere...

Por eso los auténticos cristianos saben repetir como san Pablo: Estoy crucificado con Cristo. Y no conozco sino a Cristo.

Y ese lenguaje de aceptación, más aún de amor al dolor, ha sido el lenguaje de todos los auténticos cristianos. Cuando Ignacio Obispo de Antioquía en el siglo I fue hecho prisionero era llevado desde su diócesis a Roma para ser entregado a las fieras en el estadio romano, los cristianos de Roma hacían tentativas por librarlo, y él en una carta que rebosa sinceridad les ruega que no se opongan a su martirio (páginas 112-113).

Estos eran los mismos sentimientos de una muchachita, esclava ingenua, de 14 años, llamada Blandina...

Estos han sido los sentimientos en nuestros últimos atormentados siglos, de que rebosaba Damián de Veuster...

Esta es, mis hermanos, nuestra primera misión: ser testigos de Cristo dando el espléndido testimonio de fe. Que podamos decir con toda sinceridad: Todo yo. Al Corazón Inmaculado de María, patrona y guardiana de nuestra fe supliquémosle en una intensa plegaria: dar valiente testimonio de nuestra fe.

II

Testigos de la caridad de Cristo hemos de ser los católicos en nuestro siglo. La fe que no se traduce en caridad es una fe muerta. No hay fe si no hay amor.

Por eso valientemente dijo San Juan: Si tú dices que amas a Dios y no amas a tu hermano, mientes. Y Santa Teresa llegó a decir, la medida de tu amor a Dios, es la medida de tu amor al prójimo.

Todas las obras que pudiéramos hacer para extender el Reino de Cristo si no nacen de la caridad verdadera y van acompañadas del verdadero amor, de nada valen. En cambio el verdadero amor, él sólo, aun sin construcciones, sin ayuda material, es la mejor apología de nuestra fe. Por algo dijo el Maestro: En esto conocerá el mundo que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros. Hoy en lugar del amor fraternal hay en el mundo una intensa lucha, es un hecho que no necesita demostraciones. Hemos salido de las dos más horribles guerras que ha conocido la humanidad y los países están amontonando febrilmente armas para una tercera, armas inmensamente más mortíferas que todo lo que hemos conocido, capaces de acabar con la especie humana, y sin embargo no se trepida ni aun ante esos horrores con tal de llevar adelante los propios intereses. La lucha social es un hecho trágico que paraliza la industria, destroza el trabajo y ha marcado con ríos de sangre países de Europa y Asia y ha salpicado también la nuestra con sangre de hermanos. La lucha familiar: la ruptura de los vínculos del hogar, el odio entre hermanos y aun entre padres e hijos; el recelo entre patrones y trabajadores son hechos muy tristes pero demasiado reales.

Ante esta situación caben tres actitudes. La primera es la de quienes fomentan la contienda y hacen de la lucha un arma: azuzan el odio de clases, encienden la hoguera y aspiran a poner a los que hoy poseen a los pies de quienes hoy obedecen. Tal actitud no es católica. Los hombres no podemos odiarnos, somos hermanos.

Otros se despreocupan del conflicto. Hay quienes llegan a erigir en sistema su indiferencia: se cruzan de brazos; nada les interesa la justicia social, el bien común. ¿Quién les ha ordenado preocuparse de sus hermanos? Y si después de ello viene el diluvio ¿qué importa! ¡Cuiden de salvarse los que han de venir! Esta actitud es criminal: es un eco de la respuesta que Caín dio al Creador cuando le preguntó por su hermano: ¿Acaso soy guardián de mi hermano? ¿Qué me importa a mí su suerte?

En cambio los que han comprendido el mensaje de Jesucristo recuerdan continuamente el Amos los unos a los otros, el mandamiento central del Salvador. Ser testigos de Cristo significa tomar en serio, profundamente en serio, con todas sus consecuencias este mandamiento de amor. Cada prójimo, rico o pobre, por más elevado que esté, o por más abyecto y miserable que se arrastre, cada prójimo es mi hermano, mi auténtico hermano, más aun, es Cristo: Lo que hicieris al menor de mis pequeñuelos a Mí lo hacéis. Dios es tan Padre suyo como mío; ambos somos hijos de María, llamados al mismo cielo y a ayudarnos

en esta vida como hermanos que se aman. Sus dolores son mis dolores; las injusticias que él sufre las sufro yo. Como decía San Pablo.

Ser testigo de Cristo significa cumplir con todas mis obligaciones de justicia frente al prójimo, de justicia en primer lugar y luego superarlas con una espléndida caridad que vaya a llenar lo que la justicia no ha podido colmar. Justicia que el cristiano debe amarla casi diría con rabia. Jesús dijo, con hambre y sed, que son las pasiones más devoradoras. Ser testigo de Cristo significa respetar la persona y las intenciones de mi prójimo: jamás poner mi lengua en su fama; no gozarme en comentar sus defectos, ni menos en sospechar sus intenciones. Ser testigo de Cristo significa tratar con inmenso respeto cada hombre en quien veo mi igual, mi hermano, otro Cristo.

Francisco de Asís en una época de odios y guerras continuas salió por el mundo predicando: la paz y el bien, y acompañando con actos su predicación componía discordias, alimentaba a los hambrientos, vestía a los desnudos incluso con su propia ropa... y cuando no encontraba hombres a quienes amar, elevaba su corazón hasta a las avejillas del cielo. Con nostalgia el propio Lenín comparaba su obra con la de Francisco de Asís y prefería la del Santo; y un gran luchador social contemporáneo decía: Si por nuestras venas corriera una gota de la sangre de Francisco de Asís, se solucionarían los problemas sociales.

En una época socialmente atormentada como la nuestra los ánimos exacerbados se declararon la guerra y los unos reclamaban la hoguera para los otros. Domingo de Guzmán de noble alcurnia abandona sus riquezas y sus comodidades, y a pie, sin guardias, sin otras armas que el Evangelio del amor, se lanza en medio de los hombres en guerra, a recordarles el evangelio del amor.

Con razón decía un pagano al mirar la estatua del Corazón Sagrado de Jesús, con sus brazos abiertos, su corazón en llamas, y su mirada de bondad: el día que los cristianos realicen en sus vidas el gesto de amor que significa la estatua de su Dios, todo el mundo sería cristiano. Nadie podrá resistirse al poder de semejante amor. Ya lo decía Jesús: de los mansos, de los bondadosos, de los que aman, de ellos es no sólo el cielo sino también la tierra.

Con nuestra mirada fija en el Corazón de Cristo, pidámosle fuerzas, entereza, santidad, para realizar en el mundo una gran revolución, la revolución del Amor que Él vino a predicarnos y enseñarnos con su vida y su muerte; que seamos dignos de encender en la tierra una gran hoguera, la hoguera de una ardiente caridad. Estos testigos serán los que darán a conocer al mundo el amor de Cristo.

III

Una vida arraigada en la fe, que florece en la caridad, exhala el perfume de la esperanza, de la alegría, de la confianza. Y la misión del cristiano, es ser testigo de la esperanza invencible.

Nuestro siglo ha visto nacer las filosofías más extrañas. Bajo un manto de aparente alegría se oculta un profundo pesimismo. Camina el hombre sin saber a dónde va, qué sentido tienen sus esfuerzos, naturalmente se siente condenado al fracaso. Por eso los más modernos sistemas filosóficos hablan de la vida como la náusea, algo asqueroso sin sentido... Lo único que puede hacerse aquí, es gozar los goces más bajos, los únicos que alcanzan a percibir los que han cerrado sus ojos al amor de Dios. Triste es leer las obras de la mayor parte de nuestros

contemporáneos en que se siente un profundo derrotismo, una falta absoluta de sentido de nuestra existencia.

Aun entre los católicos también se nota cierto derrotismo. Los males son tan grandes; las fuerzas del Anticristo tan poderosas, los medios humanos a su disposición tan abundantes, y el placer y el escándalo del dolor minado la fe de los buenos que a veces siente vacilar su confianza...

En cambio el verdadero católico alimenta intacta en su alma la luz de la esperanza y da de ella testimonio. La esperanza, esa virtud admirable que hacía decir a un poeta (Peguy)...

La esperanza del católico no se basa en un recuento de los medios humanos, que él sabe deleznable, sino en el poder y la virtud de Cristo. A veces su esperanza está puesta a ruda prueba, como la de Marta y María hermanas de Lázaro, quienes a punto de morir su hermano envían un recado al Maestro: Señor, el que amas está enfermo, y Jesús, por toda respuesta les dice: Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria del Hijo del Hombre... Lázaro enferma, muere... y ellas esperan que esta enfermedad no será para muerte... El Señor cuando es necesario obra un milagro, pero la confianza de los que se fían de Dios no saldrá defraudada.

Los que son de Cristo dicen como Job: Aunque me estén matando no será confundida mi esperanza... En los momentos más amargos de la vida, cuando se ve confundido y el alma se ve por dudas combatida, repite: Sagrado Corazón de Jesús en vos confío.

El objeto de su esperanza no es la posesión de los bienes caducos y perecederos, sino el triunfo de Cristo, y sabe el verdadero católico que en la batalla final el triunfo es de Cristo; que Él prevalecerá. Tened confianza en Mí, yo he vencido al mundo. Llegará un momento en que Él vendrá en gloria y majestad: a sus pies estarán todos los hombres; la señal de la cruz, hasta ahora señal de ignominia será la señal del triunfo... y la justicia terminará por hacerse. Los pobres de espíritu, los mansos, los humildes, los que han llorado, los que han padecido persecución por la justicia serán consolados... de ellos será el Reino de los cielos. Espera y confía porque sabe que del mal sale el bien y para los que aman a Dios y tratan de hacer su voluntad todo coopera para su bien. Y vive alegre porque aun mientras el triunfo definitivo llega tiene ojos para ver el bien oculto y escondido, pero muy real. El bien no hace ruido, pero no por eso es menos real... y mientras el mal moviliza sus fuerzas para perder las almas, el verdadero cristiano sabe descubrir, admirar y agradecer la obra de la gracia en las almas. ¡Cuántos pobres de espíritu viven en caridad, enteramente consagrados al servicio de los demás y al Reino de Cristo: para sí nada piden, su única ambición es dar y servir... su alegría es ver los progresos del Reino de Dios. Modestas empleadas, cocineras ignoradas de todos, abogados ilustres como Contardo Ferrini, universitarios como Frassati en Italia, como Salvador Palma en Chile, monjitas como Juanita Fernández, abnegados párrocos durante veinte horas caminan por los cerros por llevar el Santísimo a un moribundo, obreros como Mateo Tallbot, hombres pudientes como León Harmel devorados por el deseo de la gloria de Dios... Masas humanas como las que cada día del mes de María, cada año en mayor número se agrupan desde las 6 de la mañana a medianoche en nuestras iglesias recibiendo a

chorros los ríos de gracia... ¡Cómo no alegrarse, cómo no esperar en que el bien va a triunfar, por más ardua que sea la lucha!

El triunfo es de Cristo y de sus Apóstoles... Pero para ese triunfo la cruz es una etapa inicial. A la cruz subió Jesús, cabeza del cuerpo místico, a esa cruz hemos de subir también nosotros, sus miembros. Hemos de participar de sus dolores, de sus ignominias, de sus azotes de su muerte... y luego el Cristo grande Jesús y nosotros participaremos de su resurrección. Esta es la esperanza del verdadero católico y de ella da testimonio, un testimonio alegre, confiado, que derrama paz en este mundo de turbación, optimismo en este mundo derrotado. La noche hoy es negra, pero sobre la cumbre de las montañas ¡ya amanece!

Mis hermanos. Los que aquí estamos amamos a Cristo y a su Madre. Deseamos hacer algo grande para honrar el inmenso amor que nos demuestran sus Corazones. ¿Cuál será nuestro obsequio? Ser testigos de Cristo: testigos de su fe, de su caridad, de su esperanza; que el mundo viendo nuestras obras glorifique al Padre que está en los cielos y por nosotros llegue a reconocer el amor infinito de nuestro Padre Dios.